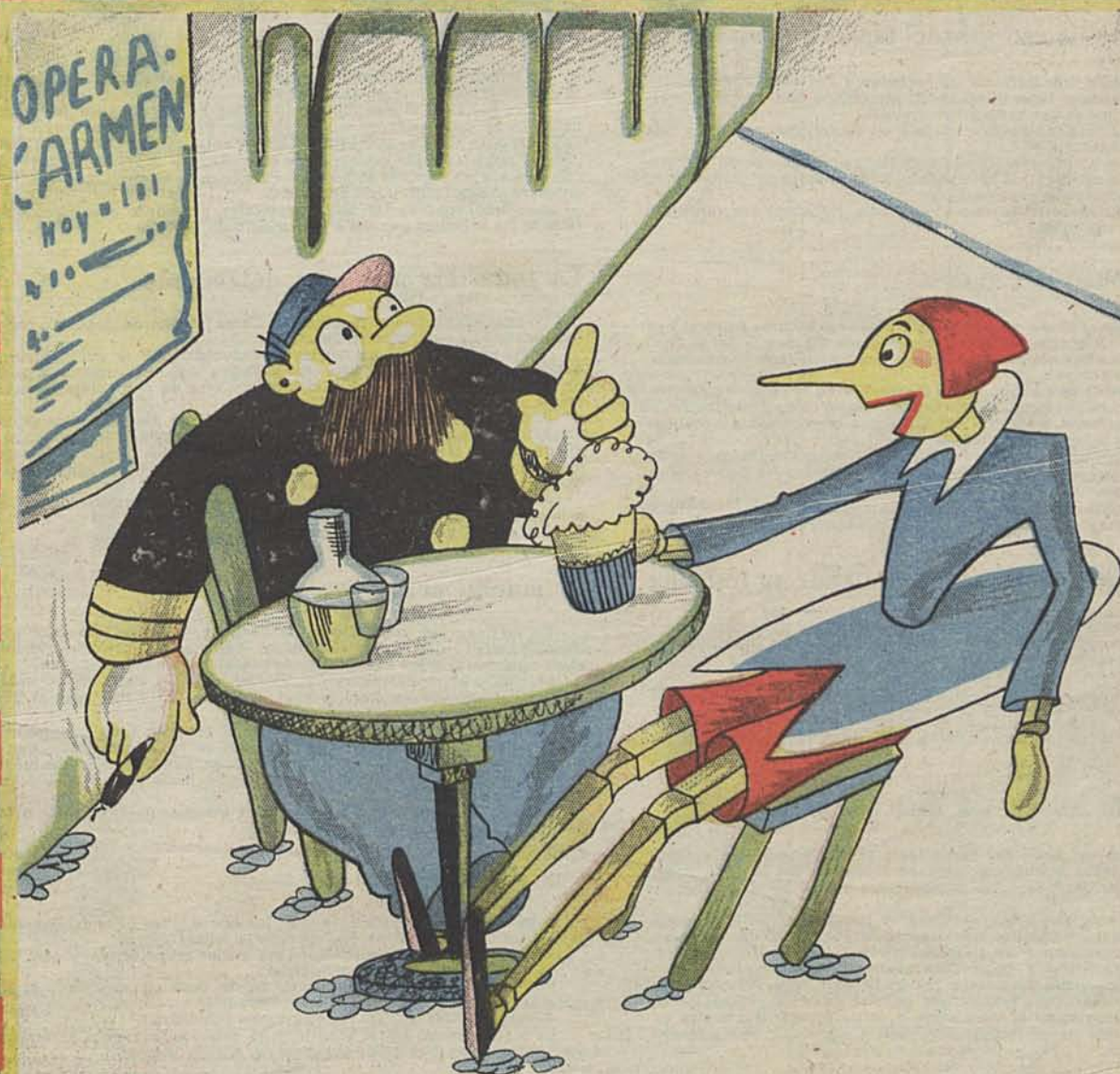


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 355

25 cts

6 DICIEMBRE
1931



¡HE COMPRADO ESTA MAÑANA UNA ENTRADA PARA LA ÓPERA!
¿PARA CARMEN?
¡NO; PARA MÍ!



Una máquina de escribir del tamaño de un kodak

En la Exposición Internacional de Inventos y Perfeccionamientos que anualmente se celebra en Nueva York, se ha presentado una máquina de escribir de bolsillo, que es una verdadera maravilla.

Esta máquina, una vez cerrada y metida en su estuche, no abulta más que una cámara kodak.

Y no se trata de un juguete, como a simple vista parece, sino de una verdadera máquina de escribir, que sirve para la correspondencia comercial, lo mismo que una máquina de gran modelo.

La máquina miniatura se lanzará al comercio y causará una verdadera revolución, pues es práctica.

La enfermedad del sueño

La enfermedad del sueño es una de las plagas del Africa tropical y es originada por la picadura de una mosca, que se llama «la mosca del sueño».

Los individuos a quienes ataca esta enfermedad, caen rápidamente en un estado de gran postración.

Para luchar contra esta plaga, se han organizado en el Congo verdaderas misiones médicas compuestas de doctores y sanitarios, que aplican las medidas de higiene modernas, y hacen a los indígenas inyecciones terapéuticas preventivas contra la terrible enfermedad.

En la actualidad pasan de cincuenta mil los indígenas inyectados, y se ha comprobado con estadísticas elocuentes, que la enfermedad ha decrecido en un setenta por ciento.

Estos humanitarios esfuerzos, hacen presumir que en breve plazo la enfermedad habrá desaparecido totalmente de la región del Congo belga.

Un insecto que por la noche enciende su linterna

Se trata simplemente de un hemíptero muy semejante a la cigarra, pero que no posee el característico aparato musical de aquellos animalitos. En cambio, su cabeza aparece prolongada por una especie de saco o vesícula, que durante la noche se ilumina y despiden una viva claridad.

Se encuentra esta curiosa especie en las Guayanas, y en el Brasil y otra especie muy semejante, también luminosa, en China.

Merced a este aparato luminoso, el «fulgor», que así se llama el insecto, caza por la noche, sorprendiendo a sus presas cuando están entregadas al sueño.

La coleta de los chinos está en decadencia

Uno de los primeros actos del movimiento revolucionario que en 1912 transformó la viejísima monarquía china en república, fué la prohibición del uso de la coleta, esa trenza tan característica de los hijos del Celeste Imperio.

La medida fué acogida y obedecida con gran entusiasmo por la inmensa mayoría del pueblo chino, máxime si se tiene en cuenta que el uso de la coleta había sido impuesto como un estigma a los vencidos de los mandchúes.

Pero, no obstante, es muy difícil desarraigar tan vieja costumbre de un pueblo como el chino, tan apegado a sus tradiciones, y la clase popular se resiste a cortar las largas trenzas que penden sobre su espalda. Pero poco a poco va menguando la costumbre, y es de esperar que dentro de no muchos años, sólo lleven trenzas las chinas y algún que otro tradicionalista recalcitrante.

El árbol que silba

En la Exposición Colonial de París figura un curiosísimo árbol, que tiene la extraña propiedad de producir silbidos.

Ciarto que no es el árbol el que silba, sino el aire al pasar por entre las hojas. Estas están curvadas como barquillos, y llenas de agujeritos.

Cuando la brisa agita las ramas, se oye entre el follaje un dulce susurro, como si entre las hojas hubiese gente cuchicheando o hablando en voz baja, con marcada acentuación de las eses. Pero cuando el aire sopla con fuerza, entonces el árbol silba como una sirena.

Este árbol crece en las selvas tropicales, y produce gran espanto a muchos de los animales que con él se encuentran.

La industria más rara del mundo

Lo es sin duda, la que practican en China los que se dedican a preparar fenómenos para exhibirlos en los circos.

Véase un botón de muestra. Hay un industrial que se dedica a preparar hombres con piel de perro. Para ello, cada dos días se le arranca al paciente un cuadrado de piel, que se reemplaza por otra de perro, ajustada exactamente al espacio que dejó el trozo arrancado.

Al cabo de algunos meses, el fenómeno está en disposición de exhibirse en el circo. El suplicio del hombre perro se ha convertido en un singular medio de ganarse el sustento, pues los chinos se dejan los cuartos en la taquilla del barracón, para contemplar con la boca abierta este hombre fenómeno, que tiene su piel exactamente igual que la de un perro.

Algunos de estos fenómenos aprenden a ladrar a la perfección, para estar más en carácter.

Por algo dice el refrán: «Te han engañado como a un chino».

El mundo perdido

En un Congreso Internacional de Botánica, recientemente celebrado en Ithaca (América del Norte), el profesor inglés A. Hill, ha leído una interesante conferencia sobre «El Continente perdido» de la zona antártica.

M. Hill ha hecho detenidos y profundos estudios en la región del Polo Sur, y ha examinado con minuciosidad los restos fósiles de plantas que ha encontrado en aquellas regiones.

El resultado de estos estudios, permite al profesor A. Hill asegurar que, en otros tiempos, en esta región polar reinaba un clima muy dulce, que permitía el desarrollo de una vegetación abundante. Pero a medida que fué efectuándose el enfriamiento, las plantas emigraron hacia los trópicos, llegando hasta el mismo Ecuador.

En resumen, ha existido en las regiones glaciales del Polo Sur, un mundo que ha desaparecido por completo.

Los japoneses y los vascos

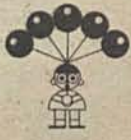
Según el doctor japonés Yashitony, los vascos y los hijos del Imperio del Sol Naciente, son hermanos. Al menos en su lejano origen.

Asegura este doctor que proceden del mismo grupo étnico, y que, físicamente, existe entre ellos gran semejanza.

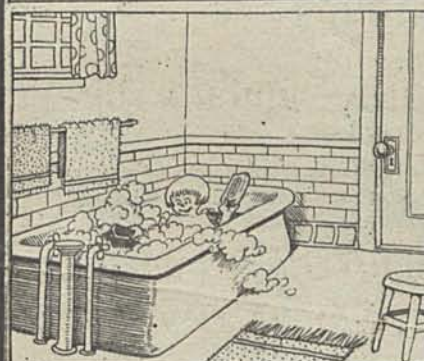
Por ejemplo, el atleta japonés más fuerte, tiene un asombroso parecido con el famoso boxeador vasco Paulino Uzcudun.

Además, las dos lenguas tienen grandes afinidades.

La conclusión del doctor Yashitony, es esta: los japoneses y los vascos descienden de las diez tribus dispersas del pueblo de Israel.



COLORON A SU PANDILLA



DDN-KATITE



GRAN CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES

LISTA DE PREMIOS

DE ACUERDO CON LAS BASES PUBLICADAS EN LOS DOS NÚMEROS ANTERIORES

SE ADJUDICARÁN DOS PRIMEROS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, EDICION DE LUJO

La publicación más rica, artística y elegante en su género

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA
1.^a Serie. La más famosa de las colecciones infantiles publicadas en castellano.

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA
2.^a Serie. La publicación admirable que encierra una gran riqueza de ilustración y un texto ameno y atrayente.

SEIS TOMOS de CUENTOS de la preciosa colección BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

CUATRO LIBROS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie. Lo más divertido. Lo más ingenioso. Lo más recreativo.

CUATRO LIBROS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie. Para pasar el rato felizmente.

DOS SEGUNDOS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, edición de LUJO
DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.

DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
TRES TOMOS DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

DOS TERCEROS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

DOS CUARTOS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

UN QUINTO PREMIO

Consistente en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie. — UN TOMO DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie. — UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie

PREMIOS SEXTO AL DÉCIMO

UN TOMO de la 1.^a Serie "CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES". Lujosa publicación espléndidamente ilustrada con láminas en colores.

VEINTE LINDOS TOMITOS de la serie titulada "JOYAS PARA NIÑOS"

PREMIOS DÉCIMO AL VIGÉSIMO

DOS TOMOS de la preciosa colección "CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES", 2.^a Serie
VEINTE TOMITOS de la preciosa Serie "RECREO INFANTIL"

Además se adjudicarán otros VEINTE accesits consistentes en lotes de escogidos cuentos de las series más interesantes y divertidas.

Tanto los premios como los accesits irán acompañados de su correspondiente DIPLOMA.

Se concede a los PINOCHISTAS PREMIADOS la facultad de escoger los títulos entre las obras que por el premio les correspondan.

¡Un derroche de preciosísimos cuentos!!

Ayuntamiento de Madrid



—Yo soy un asno, y no conozco a ese lord. Os prometo curaros la mitad de vuestro spleen. La otra mitad os la curarán los indios.

—¡El tiempo pasará!

—Quedan todavía tres minutos.

—¿Estáis pronto?

—Sí, milord; vuestro *gin* me ha curado por completo. Me hallo en disposición de haceros escupir toda la dentadura. ¡Así no sufriréis del spleen!

—¡Ahoh! ¡Muy bien! Vos estar divertidos; pero pasar el tiempo!

—Y el humo avanza por la pradera, milord. ¡No hay minuto que perder!

—¡All right! ¡Sois un ladrón gentilísimo!

—¡Dentro de poco no me llamaréis así!

Se pusieron nuevamente en guardia, y Sandy Hooc, a quien el fuego cada vez más cercano inquietaba, se tiró a fondo. Su enorme puño, duro como una piedra, cayó con fuerza sobre el pecho del inglés, haciéndole rodar por el suelo como herido del rayo. Lord Wythmore no dio ni un grito, y quedó tendido sobre la hierba con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

—¿Le habré muerto?—se preguntó el falso indio, inclinándose sobre el lord.—¡Palabra de honor que lo sentí!

Le puso una mano en el corazón, y vio que latía.

—¡Bah! ¡Un simple desvanecimiento! ¡Diablos! ¡Is fuerte este hombre como un bison!

Lanzó un silbido, y acudió su caballo, de cuya silla cogió el lazo.

—No estará demás reducirle a la impotencia. ¡Ah,

— 76 —

—Que montéis en mi caballo y os dejéis conducir.

—¡Antes romper todas vuestras costillas!

—Probad. Después de todo, no me desagradará una partida de *boxeo*. Hace ya tiempo que no trabajo con los puños.

—¡Vos ser muy divertido!

—Me honráis, Milord.

—¿Y si os venzo?

—Tomaréis mi caballo y os iréis adonde os plazca, aunque, como buen *sportsman*, os advierto que mil peligros os rodean.

—¡No importarme! ¡All right, señor tuno!

—Pronto, milord, y tratemos de acabar lo antes posible.

Los dos luchadores se colocaron uno frente a otro, a cien metros apenas de los bisontes, que seguían su marcha.

Si Sandy Hooc era un gigante, el inglés también tenía sus ventajas, pues era fuerte y sólido y se mantenía firme como una estatua sobre el pedestal de sus dos enormes pies.

Durante algunos minutos ambos adversarios estuvieron examinándose; pero el bandido, que deseaba concluir antes que el fuego de la pradera llegase a aquel sitio, acabó por dar a su contrario una terrible puñada en pleno rostro.

El inglés, que había frecuentado mucho las escuelas de pugilato de Londres, quiso evitar el golpe, no lográndolo porque Hooc era un profesor verdadero.

—¡Ahoh!—exclamó el lord; y en seguida escupió una bocanada de sangre, juntamente con dos de sus hermosos dientes.

Sandy Hooc había dado un grito de rabia.

que estúpido! Los negocios son los negocios, dicen mis compatriotas, y yo olvidaba mi negocio.

Registró uno por uno los veinte bolsillos del inglés, apoderándose del magnífico cronómetro, de una bolsa con veinte libras esterlinas y de un talonario de cheques.

—¡Si por ahora—dijo—esto no tiene valor, lo tendrá algún día. El American Bank es sólido!

Cogió luego el rifle, en seguida ató los pies y las manos del inglés, valiéndose para ello del lazo, y le atravesó como un fardo sobre su caballo.

El incendio estaba ya muy cercano, y el falso indio, montando con presteza, se dirigió al Norte.

En aquella misma dirección marchaban John y sus compañeros para guarecerse en las selvas del Laramie.

—¡Diablos! ¡He perdido mucho tiempo con este inglés! ¡Vayamos de prisal!

El caballo, conocedor del peligro que corría, no se rezagaba; al contrario, partió al trote.

Había tomado la dirección de un sitio de la pradera donde todavía no se elevaban más que ligeras columnas de humo.

Aquel debía de ser el paso que los *síoux* dejaron abierto deliberadamente para dejar franca salida al hombre blanco que poseía la estimación de todos los *sakems*, y además con la esperanza de que el *indian-agent* y sus compañeros fueran en aquella dirección y cayesen en la boca del lobo, o sea en la emboscada. El humo adelantaba por el Norte, por el Sur y por el Este, pues el viento era variable, y nubes de chispas comenzaban ya a elevarse a las alturas, que iban entenebreciéndose cada vez más.

— 77 —



El caballo, conocedor del peligro que corría, no disminuía la carrera, sin necesidad de que el jinete le avisara con la voz ni con las rodillas. Afortunadamente, era un animal muy robusto y, además, un buen corredor, pues su grupa no se doblegaba ante el peso de las dos personas que iban sobre él. Después de una hora larga de trote acelerado traspasó las primeras cortinas de humo, no cerradas aún enteramente, y logró ganar aquel escondido angulo de la pradera donde no era de temer el fuego. Sandy Hooc respiró satisfecho al verse por fin en lugar seguro. ¡Media hora de retardo, y muero asado como un rosbief, lo mismo que este inglés! En aquel momento diez o doce indios salieron de entre la hierba, gritando: ¡Alto! ¿No me reconocéis, amigos? ¡Asno Colorado! ¿Que trae una cabellera, no cortada aún, para regalársela a la *sakem*? ¿Dónde acampa? ¡Ahí, cerca del Homa Creek—respondió el más viejo de los indios. Bueno; pues no necesito que me acompañéis. ¿Y los rostros pálidos? ¡Desaparecidos. ¡Eso va a disgustar mucho a Minnehaha! Ya se contentará con la cabellera de este inglés. Dejad que el fuego se encargue de los blancos y de los bisontes. Dicho esto, arreó el caballo y se alejó al trote. A poco llegó a las faldas del Laramie, cruzó varias

— 78 —

sombrias gargantas, y al fin de una larga y estrecha se halló ante un campamento levantado a orillas de un torrente y formado por tres o cuatro docenas de wigwams o tiendas de forma cónica, de todas las cuales salía humo, pues era la hora de la cena.

Alrededor de las tiendas ardían dos hogueras.

Sandy Hooc atravesó el fuerte cordón de centinelas y se detuvo ante un vasto y altísimo wigwam cubierto todo de pieles de bisonte pintadas de rojo, y sobre el cual ondeaba el *iotem* de los sioux.

Era la habitación de Minnehaha, la famosa Cazadora de Cabelleras.



— 79 —

— ¡Soy un torpe! ¡Ese golpe debió dar entre los dos ojos, y saltarlos de las órbitas! ¡Es el famoso golpe de Long Tons, el mejor maestro de la escuela del boxeo americano! ¡Sí, soy un asno!

El inglés no respondió. Seguía escupiendo sangre. — Y bien, milord; ¿seguimos? No ignoraréis que si después de cinco minutos de espera el adversario no continúa, es que implícitamente se rinde.

Lord Wyimmore sacó del bolsillo un soberbio reloj de oro.

— Sólo han pasado dos—dijo—: tenemos tiempo. — Es que la pradera arde. — ¡No importarme el fuego! — ¡Yo pierdo la paciencia! — A mí no faltarme nunca. Treinta y siete segundos..., treinta y ocho...

El falso indio no pudo contener la risa.

— ¡Pagarme esa risa con dos costillas!

— ¡Yes, milord!

— ¡Y romperos un maxilar!

— ¡Yes, milord!

— ¡Y otro luego!

— ¡Yes, milord!

— ¡Yes..., yes...! ¿Os burláis?

— ¡Yes, milord!

El lord, ya furibundo, se lanzó contra Asno Colorado con ímpetu irresistible, y le dió con la cabeza un terrible golpe en el pecho.

A su vez el bandido lanzó un ¡ay! de dolor. Si el cráneo del inglés no le había hundido las costillas, podía decirse que las tenía de acero.

De todos modos, el golpe fué crue!, porque Hooc se puso muy pálido.

— 74 —

— ¡By good!—rugió furioso—. ¡No esperaba semejante sorpresa! ¡Os hago observar, milord, que eso no es boxeo! — ¡Sí, en mi país usarse esos golpes. Creo haberos roto dos costillas. — No, milord. — ¿Os declaráis vencido? — ¡No, no y no! El inglés sacó el reloj nuevamente. — Cinco minutos son largos, milord, y podéis hacermee un favor. — Decid, mister ladrón. — ¡Lleváis por casualidad algún trasco de whiskey? — ¿Me daréis una gota? — Antes beber yo; después daroslo a vos. Lord Wyimmore sacó un trasco de plata, y debió un sorbo de su contenido. — Dejaros permiso, mister ladrón, para beberoslo todo. Pasado ya primer minuto. ¡Andad presto! Uno..., dos..., tres... Sandy Hooc tomó el trasco, y para hacer honor a su contrario apuró el contenido. — ¡Superior!—dijo chasqueando la lengua en el paladar—. ¡Debe de tener veinte años! — Veintuno, mister ladrón. Procede de mis bodegas de Swansea. — ¡Delicioso! ¡Con una botella en el cuerpo, os romperá dos costillas sin que lo sintáis! — ¡Vos ser un bandido amable! ¡Mi spleen curar pronto! — ¡Os preocupáis mucho de vuestro mal. — Mucho; como lord Byron.

— 75 —

HA LLEGADO UN BARCO CARGADO DE Cuentos de Calleja

LA ALEGRIA MÁS GRANDE DE LOS NIÑOS
LO MAS SUGESTIVO - LO MAS AMENO - LO MAS DELICIOSO

Si quereis vivir en un mundo de fantasía, sentir la emoción de las aventuras y saborear los deleites de las más hermosas leyendas, leed los famosos

Cuentos de Calleja

En cualquiera de sus preciosas Bibliotecas hallareis maravillosas narraciones de hadas, magos, brujas, aventureros y otros mil heroes de cuentos que os harán pasar las horas más felices de vuestra vida



Lo más grande del mundo son mis bigotes y los CUENTOS DE CALLEJA.

Don Turulato

UN SERVIDOR CAMBIARÍA SIETE PIROLISES EN BUEN USO POR UN CUENTO DE CALLEJA

Curringe
leeeee

Si Pelusito supiera leer ¡cuanto disfrutaría con los Cuentos de Calleja Anita

Don Turulato mató En Trapisonda la Vieja. Un toro, de un pisotón. ¿Por tan brillante actuación Le concedieron la oreja? ¡Mucho más! ¡La Colección de los Cuentos de Calleja!

Correton



Biblioteca Enciclopédica para niños, 26 tomos de 15x23 cm.



Biblioteca Ilustrada para niños, 30 tomos de 13x19 cm.



Biblioteca Escolar recreativa, 36 tomos de 10,6x15,3 cm.



Biblioteca de Recreo, 45 tomos de 7,4x10,4 cm.



Biblioteca Salgarí, ed. Minerva, 31 tomos de 14x20 cm.



Si Correton: O una colección de Cuentos de Calleja o un barril de dinamita.

Escoja

Pin Tor

Para fritas, dragón
Para jardines, Valencia
Y para cuentos bonitos
Las Ediciones Calleja

Pizula

Los Cuentos de Calleja son canelita

fina Becla

Leyendo los Cuentos de Calleja, seremos felices con un palmo de narices

Pinocho

DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

¡QUÉ ASQUITO DE VIDA!; TODOS LOS NIÑOS ESTAN JUGANDO EN LA CALLE Y UN SERVIDOR AQUÍ PUDIÉNDOSE!



¡ASÍ NOTABA YO UN TUFILLO MÁS RARO!..

YO CONOZCO UN NIÑO QUE TIENE UN PAPA QUE SE LO LLEVA DE PASEO TODOS LOS DIAS Y ADEMÁS LO CONVIDA A BARQUILLOS Y A PIRULISES. PERO USTED TIENE UN CORAZÓN QUE ES UN PEDRUSCO.



¡EXAGERAO!

MIRA NIÑO, NO ME TODQUES AL CORAZÓN PORQUE LO TENGO MÁS BLANDO QUE UN MERENGUE



ESO SE DEMUESTRA EN LA CALLE

¡A LA CALLE AHORA MISMO! YO SOY UN HOMBRE DE RESOLUCIONES FULMINANTES, DETONANTES Y ABRA-CADABRANTES



¡ELE!

BUENO, NIÑO, A VER DONDE TE LLEVO A JUGAR



A LA PLAYA, QUE ALLÍ ESTÁN MIS SIETE MIL QUINIENTOS CATORCE AMIGOS Y MEDIO

¡VIVA DON TURU!!



¡OLE LOS TIOS CON BIGOTE!

BUENO, NIÑOS QUE "HAIGA" ORDEN

VAMOS NENES; DAROS PRISA QUE TENEIS QUE SALTAR LOS SIETE MIL QUINIENTOS CATORCE AMIGOS Y MEDIO DE CURRINCHE



¡MI ABUELA! ¡SI ME ESTÁN ENTERRANDO EN LA ARENA!

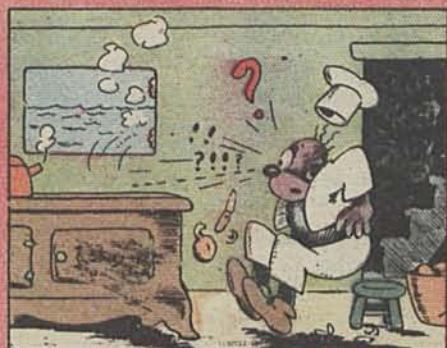


¡ATIZA! ¡NO HA QUEDADO FUERA MÁS QUE EL GORRO!



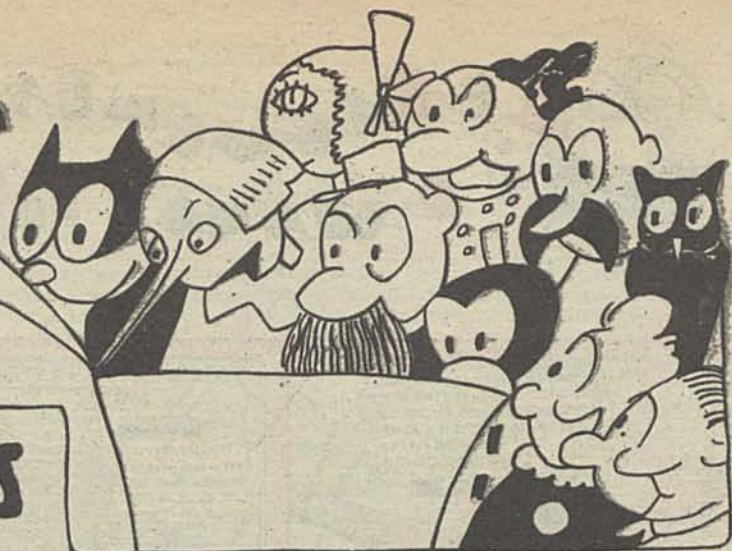
Cebilla

LA TORMENTA Y EL CUCIÓN O HAZAÑAS DE TIN Y TÓN



CONTINUARA

CUENTOS DE CALLEJA PALIZA DE LETRAS



LUISITO era un rapaz tan desaplicado, como incorregible. Sus diabluras traían revuelta la escuela, hasta el punto de que el buen don Pancracio, el profesor, a pesar de su bondad, tuvo varias veces que sentar la mano al revoltoso, que no escarmentaba ni por esas.

Los palotes le inspiraban horror, y no había fuerza humana capaz de obligarle a hacer uno derecho; todos presentaban tales sinuosidades y repliegues, que parecían serpientes en pie.

Una tarde, en vez de ir a la escuela, Luisito se marchó a cazar pájaros con liga. Iba muy alegre, pensando en los incautos pajarillos que habían de caer en sus manos pecadoras. Llegó a la orilla de un estanque, y allí, con endiablada habilidad, colocó los espartos embadurnados en la pegajosa liga, y, ocultándose tras un árbol, aguardó, a que cayeran prisioneros.

De un nido próximo saltó una verderrona, que abandonaba momentáneamente a sus hijos para aplacar la sed, y su suerte fatal la hizo sentar las patitas sobre uno de los traidores espartos. Al sentirse presa, lanzó sus píos más lastimeros pensando en sus hijos, a quienes la pena y el hambre matarían.

Luis se acercó presuroso al sitio donde la verderrona hacía inútiles esfuerzos por escapar, y cogiéndola por las alas, iba a estrellarla contra el suelo, cuando el infeliz pajarillo dijo:

—¿Por qué quieres matarme? ¿Qué daño te he causado?

—¿Zambomba!—gritó Luis asustado.—¿Y tú quién eres?

—Yo soy una infeliz madre, que te pide por Dios la vida. Déjame, y si cuando crie a mis hijos quieres matarme, volveré a este mismo sitio para que dispongas de mí.

—¿Y quieres que te deje libre, cuando te veré con mucho gusto en una jaula? No lo esperes. A casa te llevo, y para que no pases pena por tus hijos, voy a buscarlos y me los comeré delante de tí. Verás qué ricos están con tomate.

Al oír esto la verderrona dio un grito angustioso, y en el momento surgió del estanque una fantástica figura; era una mujer hermosísima, vestida de crujiente seda blanca, en la

cual se veían dibujadas todas las letras del alfabeto en caracteres diversos, y tan bien hechas como ningún pendolista fuera capaz de trazarias. Llevaba en la mano una enorme pluma de ave azul y rosa, y a la cintura un colosal tintero de oro.

Luisito quedó aterrado ante la aparición, aunque no se sabe si le dio más miedo el hada o las letras que la adornaban.

—Soy—dijo la dama—el hada de la escritura, que vengo a pedirte la clase, ¿y todavía quieres hacer daño a los pájaros, que son tan amigos del hombre? Ahora pagarás tu merecido. Así como así, teníamos que ajustar unas cuentas por el desprecio con que me tratas; conque prepárate.

Y al decir esto, tocó al niño con la pluma en medio de la frente, y Luis se sintió transportado a un extraño país. Allí vivían los palotes bien hechos, los mejor

trazados por los niños amantes de la escritura; andaban a saltitos porque no tenían más que un pie, y en cuanto vieron a Luis, le rodearon gritando:

—Este es el animal que nos pintó jorobados. Duro con él, hermanos, hasta que se convenza de que somos derechos.

Y, en efecto, unos palotes cogieron a otros por los pies, y con la cabeza le sacudían al infeliz muchacho, tan a prisa como si cayera sobre él una granizada de estacas. Luis intentó





en vano defenderse. Los enemigos eran muchos, y le pusieron el cuerpo lleno de cardenales. Por fin el hada de la escritura levantó la pluma, y cesó la paliza.

—¿Te convences—dijo el hada—de que mis hijos los palotes son derechos como velas?

—No sólo como velas—contestó Luis—sino como husos, como lo que usted quiera; pero que no repitan, porque estoy molido.

Volvió el hada a levantar la pluma, y Luis se encontró en el país de los perfiles; éstos sí que estaban incomodados.

—Aquí os traigo—dijo la escritura—a este tonto mío, que se ha empeñado en haceros parecer rabos de pasa.

—¿Es éste Luisillo el malo?—preguntaron.

Y se lanzaron sobre él. Cada perfil le hundía en el cuerpo la fina extremidad de su gallarda curva, produciéndole millares de pequeñas heridas, que le dolían como alfilerazos. El travieso muchacho creía tener el cuerpo cubierto de ortigas.

—¿Quieren ustedes—gritó—hacer el favor de no picarme más? Yo les prometo que si me dejan volver a la escuela, los trazaré con un compás.

Cesó el suplicio, y otra vez el hada extendió a modo de varilla mágica su pluma, y aparecieron las *aes* a caballo sobre las *emes*, que corrían con sus tres patas como un corcel con las cuatro correspondientes.

—Aquí estamos—decían corriendo sin cesar—. No digas más—añadieron al ver al chico—. Es éste Luis el revoltoso, el que nos dibuja como si fuéramos chufas secas. Pues duro, y a él.

Las *emes* apoyaron una pata en el suelo, y con las otras dos comenzaron a correr a Luis de un modo cruel, y las *aes*, llevando por lanza a las *eles*, le pinchaban sin piedad; las *erres* le mordieron, y aunque suplicaba que le perdonasen, ellas erre que erre; las *ges* le enganchaban los pies con sus curvas extendidas, en una especie de zancadilla; las *tes* le martillaban la cabeza con su travesaño, le silbaban las *eses*, y las *haches* le mortificaban, porque jamás puso una de ellas en su sitio. La *be* y la *ve* le daban de moquetes, porque jamás supo cuándo había de poner una u otra, y la *ka*, porque la repetía muy a menudo.

Cuando estaban en lo más fuerte de la paliza, preguntó Luisito:

—¿Y altan todavía muchas letras?

El hada sonrió y dijo:

—Además de las veintiocho del alfabeto, vienen luego los distintos caracteres; la bastardilla, la inglesa, la gótica, la monumental, la....

—Basta—exclamó Luis aterrado—; suélteme usted, y yo le

prometo que voy a ser un pendolista de lo más fino.

En fin, tal fue la embestida y tanta la gente que acudió a ofenderle, que Luis se dio por muerto; y sin duda allí pereciera a manos de las enfurecidas letras, si de pronto no escapara de uno de sus bolsillos la linda verdona, que, posándose sobre un hombro del hada, dijo muy quedo a su oído:

—Te ruego que le perdones. En el fondo no es mal muchacho, y estoy segura de que ha pecado por ignorancia, más que por malicia. No olvides la pena que causaría en sus padres la muerte de ese rapaz, como en mí la de uno de mis hijos.

El hada se conmovió, y levantando la pluma, cesó aquella terrible acometida. Luis rompió a llorar, y el hada le dijo:

—Ya estás bastante castigado, y creo que no volverás a desfigurar a mis hijas las letras de ese modo tan grosero. No te pido que seas un calígrafo; pero, a lo menos, que se entienda lo que escribas y que no se confundan tus letras con patitas de mosca o rabos de pasa.

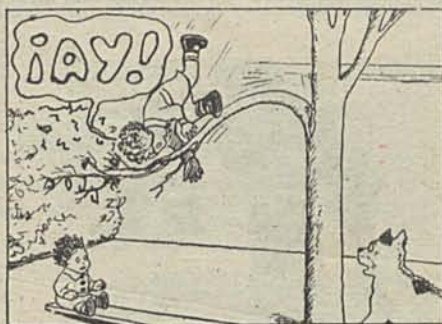
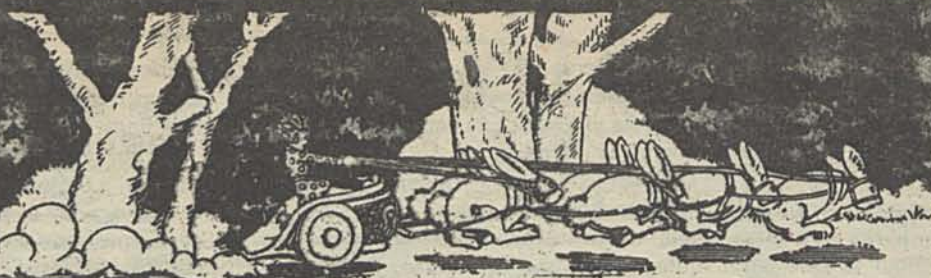
Al decir esto levantó el hada la pluma, salió de ella un efluvio dorado que fue a parar a las manos de Luisito, y cuando éste se dio cuenta de lo que pasaba, se encontró en la escuela de don Pancracio sentado en un banco y trazando con inseguro pulso algunas letras. Verlas y borrarlas inmediatamente, fue todo lo mismo; y entonces con mucho cuidado fue trazando rectas y curvas, dejando al maestro extraordinariamente maravillado de su nueva habilidad.

Desde entonces Luis se hizo un buen muchacho, el más aplicado de la clase, sobre todo en escritura; y cuando alguna vez sentía tentaciones de escribir mal, le figuraba que avanzaban sobre él en amenazadora cohorte los palotes, los perfiles y las veintiocho letras del alfabeto. ¡Ah! Y que conste que jamás volvió a cazar pajaritos con liga ni con escopeta; y como viera alguno enjaulado, le daba suelta inmediatamente, con aplauso de todas las personas de buen corazón.

De Luis el desaplicado, la historia aquí ha terminado.



ANITA BUEN- GORIZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



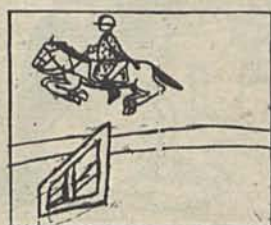
Montes—Pedro Arellano



Micifuz
A. San Miguel



Una casa de campo— Amparo San Miguel



Saltando—Ramón Anchada



Nuestro padrino
Marianito y Pepe Borrell



Paisaje—Clemente Fernández



Paisaje—José García



Casa de Cachón
José Mato



¡Se ha escapado un toro!
Germán González



Mi amiga Teresa
María Sesma



Aldeano manchego
J. Olagübel



La casita del bosque—David



Un paraguas
Antonio Palma



El corsario negro
Francisco Mayá



Pinocho es un valiente
Francisco Montalbán



Un barco—Pedro Rico



Mendigo
A. R. de la Rosa



Pipa—Vicente Zalve



Maceta
Angelita Riesco



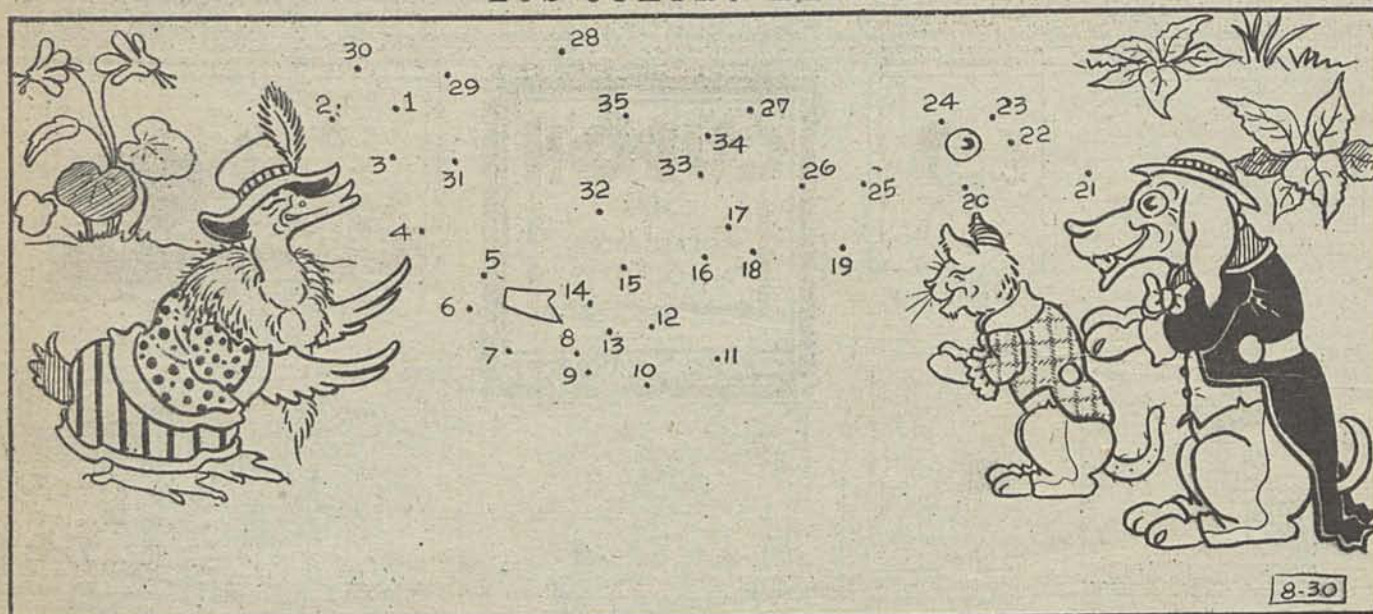
Maceta
María Olivero

¡PINOCHISTAS!
EL NÚMERO DEL DÍA 27 DE
DICIEMBRE SERÁ EL ESTUPENDO
ALMANAQUE
DE
PINOCHO

CONCURSO DE PASATIEMPOS



LOS CUATRO AMIGOS



Aquí tenéis a cuatro amigos, muy amigos, que siempre se están divirtiendo. Siempre están de chacota y burla. Para ellos la vida es un Edén.

¿Pero qué me estáis diciendo?

¿Que sólo veis tres amigos?

¡Es verdad!

Pero se me ocurre una cosa. Coged un lápiz y unid los números con líneas, empezando en el 1, y al instante aparecerá el otro amigo.

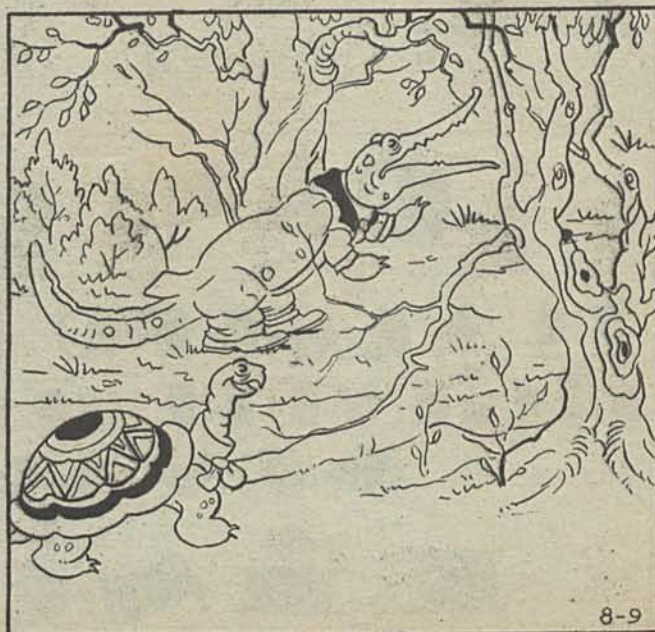
EL ELEFANTE Y LA CABRA

Una cabra y un elefante marchaban juntos por un bosque del Congo Belga, cuando de repente oyeron un ruido espantoso.

Aquella algarabía la producían una tortuga y un cocodrilo, que se habían vuelto de repente locos.

Tanto el elefante como la tortuga, se apresuraron a esconderse, temiendo ser vistos por los dos dementes, en cuestión.

¿Sabéis vosotros dónde están escondidos?



8-9

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 355
DE DICIEMBRE

Envío del Pinochista D.

.....

.....

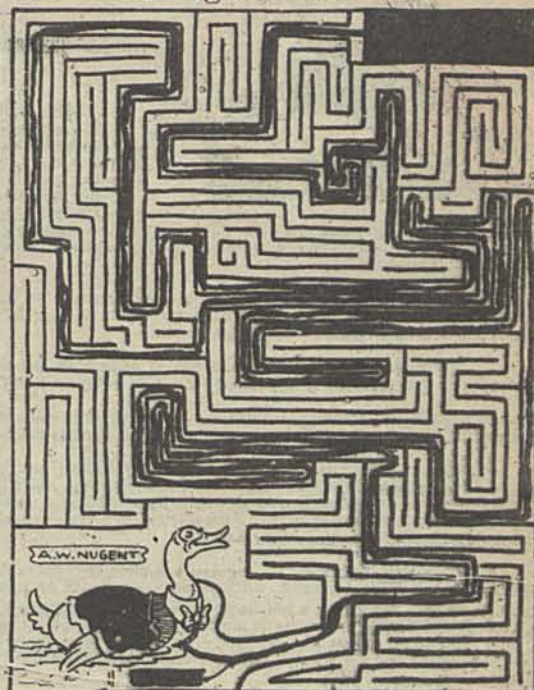
.....

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

Vidas extrañas



El lago melancólico



La jirafa pescadora



Los perros de Domínguez



El cuadrado mágico

A L A

R O N

A T A





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Los guantes encantados (FIN)

Llegó el día en que nuestro amigo supo cantar como los ruiseñores, arrullar como las palomas, silbar como los mirlos; aquel día fué el mismo en que agotó su provisión de ca-

ñamones y el mismo también en que terminaba el cuarto mes de su estancia en la selva; ¡cuatro meses! era la tercera parte precisamente del plazo señalado por la princesa.

Tripolín se despidió de sus alados compañeros y se fué. Después de proveerse de una enorme cantidad de carne cruda se marchó a un desierto, que, por feliz casualidad, había cerca de allí.

No tardó en oír un rugido espantoso, la sangre se le heló en las venas cuando vio acercarse un león formidable con la boca abierta.

Al ver al león, Tripolín se subió a un árbol y desde allí arrojó un trozo de carne a la fiera que se alejó devorándola, sin manifestar mayores exigencias.

A poco de bajarse de su refugio, Tripolín vio venir una hiena, luego un tigre, luego una pantera ¡qué se yo! Las primeras veces no le llegaba la camisa al cuerpo y le faltaba tiempo al pobre para subirse a una palmera; luego con la preocupación de examinar a los leones para ver si encontraba en alguno, una escama, fué tomando confianza.

Pero ¡ay! los leones lucían espléndidas guedejas, dentaduras soberbias, pero ninguno tenía escamas. En cambio, llegó el día en que nuestro héroe notó que veía acercarse a las fieras como hubiera contemplado un perrito faldero y les echaba trozos de carne cruda como hubiera echado migas de pan a las aves de un corral. Ese día fué el mismo en que agotó la provisión de carne que llevaba y el mismo también en que concluía el octavo mes de sus pesquistas.

Entonces, se fué a una ciudad vecina, llenó unos cuantos tarritos con cebo de lombrices, pan, moscas, etc., y fué a instalarse a la orilla de un río. ¡La de peces que acudieron al primer puñado de pan y lombrices que arrojó al agua!

Tripolín los miraba con afán, pero era en vano; los había plateados, o dorados, o colorados o nacarados: pero todos, todos tenían escamas; ni uno sólo, lucía una triste pluma.

A la orilla del río, siguió Tripolín echando cebo de vez en cuando; se aburría un poco de no tener con quién hablar, y lo peor era que no podía aprender el idioma de sus nuevos compañeros puesto que los peces no tienen idioma, no sé si porque son mudos, o porque son tontos.

Luego, se fué acostumbrando al silencio y llegó el día en que hizo dos descubrimientos sensacionales, frutos de su experiencia: el primero es que en boca cerrada no entran moscas; el segundo, que si la palabra es de plata, el silencio es de oro. Aquel día, los tarritos de cebo estaban vacíos y para que terminara el año fatal, sólo faltaban cuarenta y ocho horas.

Tripolín regresó, muy tranquilo, a la capital del reino.

Aquella noche, la princesa Melindrosina se hallaba tomando el fresco acodada a su ventana cuando sonaron los trinos de un ruiseñor que debía de hallarse muy cerca, encaramado sin duda en algún saliente del muro.

—¡Qué bien canta este pájaro!—murmuró la princesa.

Y alargó la mano para acariciar al cantor pero lanzó un grito: el pájaro la había mordido un dedo; y mientras la dama se desmayaba, Tripolín se apeaba del árbol en que estaba subido y desaparecía en la sombra.

Al día siguiente, el pánico y la desolación reinaban en la ciudad; un príncipe extranjero había llegado dispuesto a desposeer al rey de su trono si no había quien le venciera en combate singular.

En medio de la plaza mayor, el terrible forastero, solo, fieramente erguido en brioso corcel negro, con enorme espada al cinto, y cubierto por soberbia armadura de hierro, esperaba al adversario que no se presentaba.

De pronto, apareció un hombre montado en un burro; se tocaba con un gorro de algodón que le cubría la cara con dos agujeros para los ojos y llevaba guantes blancos, y un garrote a guisa de espada.

Se quitó uno de los guantes y se puso el guantelete de hierro, arrojado en desafío por el extranjero. En seguida, el combate empezó.

Con tres garrotazos el desconocido venció al terrible príncipe: uno para abollarle la armadura, otro para quitarle el casco, otro para desmontarle. Luego, en medio de los vítores, puso rodilla en tierra ante la princesa y le ofreció el guantelete de hierro.

—¡Eres valiente cual un león!—gritó la princesa—. ¡Dime tu nombre!

Pero él volvió a montar en su burro y desapareció sin contestar.

Por la tarde de aquel día memorable en que todo era regocijo en la ciudad libertada, un mago con bata negra, alto capirote en la cabeza, y gafas ahumadas se instaló en la plaza para predecir el porvenir a los que le consultaban.

La princesa Melindrosina, al pasear, se acercó a él llena de curiosidad. —Dime—ordenó—¿cuál será mi destino?

Pero el brujo no contestó; ni ruegos ni amenazas lograron hacerle pronunciar una sola palabra.

—¿Eres mudo?—exclamó al fin Melindrosina furiosa—¡pareces un pez!

Entonces el brujo cogió una pluma y escribió estas palabras:

—«Princesa, tu destino es casarte con Tripolín.»

—¡Lo dudo!—exclamó Melindrosina riendo—en estos momentos termina el plazo de un año que le fijé. Escucha, la hora suena: Tan... tan... tan...

Pero al dar la última campanada, el mago se quitó el gorro y las gafas y dijo:

—Aquí tienes a Tripolín, y Tripolín te ha traído las tres prendas que le exigiste. ¿Recuerdas la mordedura de un ruiseñor? Mira, sus dientes han quedado señalados en tu mano; el guantelete que llevas al tallo, y que te entregó el salvador de tu país, está cubierto de escamas de hierro; son las escamas de un león valiente. Y la pluma con que acabo de escribirte tu destino es la de un pez mudo que no te ha contestado.

Se casaron y Melindrosina, esposa de tan valiente, ingenioso y prudente marido, no volvió a hacer melindres.

Y el rey Tripolín conserva todavía sus famosos guantes blancos y sigue creyendo que estaban encantados y les debe su fortuna, pues es demasiado modesto para reconocer que se la debe a su valor, a su ingenio y a su prudencia.

